

El museo Goya de Castres, que reúne gran parte de la pintura española en las colecciones públicas francesas, ha celebrado este verano, en julio y agosto, el Bicentenario de la Revolución Francesa con una exposición sobre *Les élèves espagnols de David*, (Los alumnos españoles de David), que ha representado en Francia el descubrimiento de la pintura neoclásica española, un capítulo del Arte Español despreciado y dejado malparado, como lo escribe con razón Alfonso E. Perez Sánchez en la introducción del catálogo. Esta pintura, al ser coetánea de Goya, sufrió desde siempre por la comparación con la obra del genio aragonés; además, la actitud de sumisión y de respeto de los pintores neoclásicos hacia el rey Fernando VII, persona despreciable y odiada, también ha contribuido a apartar a los estudiosos y al público en general de este movimiento artístico.

La exposición de Castres, al limitarse a los alumnos de David, no recoge el conjunto de la pintura neoclásica española ya que faltan dos personalidades importantes, como Josep Flaugier y su círculo en Barcelona y el valenciano Vicente López, sin duda el mejor retratista neoclásico. Sin embargo los artistas seleccionados son representativos del foco neoclásico madrileño con José Aparicio (1773-1838), José de Madrazo (1781-1859) y Juan Antonio Ribera (1779-1860), mientras que la permanencia en el extranjero de los dos artistas presentados (París para el barcelonés Francisco Lacoma y Fontanet -1778-1849- y Roma para el escultor José Alvarez y Cubero -1768-1827-), muestra bien el carácter internacional y en cierta manera de importación del neoclasicismo español.

Es tan grande nuestro desconocimiento de la obra de estos artistas, salvo sus cuadros más característicos, y nuestra prevención contra ellos, que no deja de sorprendernos la calidad de algunos cuadros, en particular los sensibles retratos de Francisco Lacoma y Fontanet, de un realismo templado por el buen gusto burgués de la época (retratos de *Jean François Cailhava*, Musée de Augustins, Toulouse, de *Alejandro Aguado*, Museo Romántico, Madrid), las *Alegorías del alba y del mediodía* (Museo del Prado), de una gran sinceridad y finura psicológica.

Las estatuas de José Alvarez y Cubero, de un modelado perfecto, responden bien al ideal de belleza antiguo y no desmerecen de las de su amigo en Roma, Canova. Los cuadros más representativos, los más conocidos, los de mayor tamaño, son de clara inspiración davidiana, y a pesar de las dificultades de transporte, la exposición de Castres ha podido reunir a *Atalia y Joas* (Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando), *Sócrates dando lecciones a un joven poeta* (Museo Goya de Castres), *El desembarco de Fernando VII en el Puerto de Santa María* (Museo Romántico, Madrid) de José Aparicio, el *Cristo en la casa de Ana* (Museo del Prado) de José de Madrazo, o el *Cincinnatus* (Museo del Prado) de Juan Antonio Ribera. Son cuadros, en su mayoría, de temática clásica y remiten a una Antigüedad ficticia, artificial, con una belleza idealizada y un ideal moral de valores que la historia contemporánea, particularmente agitada, contradecía. A pesar de su excelente técnica

y del equilibrio de la composición, particularmente en el *Cincinnatus*, pecan estas telas por su frialdad y el respeto demasiado fiel al modelo davidiano.

La exposición se completa con una nutrida muestra de grabados y, sobretudo, de litografías, cuya introducción en España por José de Madrazo es coetánea del neoclasicismo. Algunas de estas litografías son un testimonio de la fama de ciertos cuadros como *El hambre en Madrid* de José Aparicio, pero la mayoría, salidas del Real Establecimiento de Madrid, dirigido por José de Madrazo, son ejemplares de la célebre *Colección Litográfica de Cuadros del Rey de España* editada entre 1826 y 1832, o de la *Colección de Vistas de los Sitios Reales Litografiados por Orden del Rey de España el Señor D. Fernando VII de Borbón*. Jacques-Louis David, el maestro de todos los artistas españoles presentes, no estaba muy bien representado en Castres. Hubiera sido interesante comparar uno de sus cuadros famosos como *Las Sabinas* con las pinturas españolas. Sólo un cuadro del Louvre, el estudio de una academia de Héctor y tres dibujos inéditos pertenecientes a un importante fondo que se acaba de descubrir en el Museo Ingres de Mountauban, daban una pequeña idea del arte davidiano.

Hay que resaltar el trabajo de investigación que recogió el interesante y profusamente ilustrado catálogo de la muestra, trabajo debido al equipo del Museo de Castres, Jean-Louis Augé, el conservador, y Marie-Paule Romanes, conservadora-adjunta, particularmente en las biografías de los pintores. Han manejado fuentes poco utilizadas hasta ahora en España como el *Catalogue des Manuscrits de la Bibliothèque de l'Ecole des Beaux-Arts*, París, 1908, de M. de Benguy-Puyvallée, o el *Registre des Ecoles Nationales de Peinture et de Sculpture, Annales du Musée et de l'Ecole des Beaux-Arts*, XIV, París, 1907.

Creo que el interés de esta exposición reside en la recuperación de un periodo de la historia del arte español menos vergonzoso de lo que la gente se imagina, que no carece ni de interés ni de calidad y que forma parte del patrimonio nacional. El coloquio que el Museo Goyá organizó los días 20 y 21 de julio demostrará, cuando se publiquen las actas, que el neoclasicismo español es digno de estudio. Discrepo bastante con algunas opiniones expresadas por Joaquín de la Puente, en su texto reproducido en el catálogo y titulado *Distorsion du néo-classicisme en Espagne*, opiniones que se basan sobre una pretendida ideosincrasia hispánica, lo que él denomina, retomando las palabras de Elías Tormo, *la veta brava*, el genio rudo de los pintores españoles, y que le permiten explicar la poca calidad y la falta de talla de los pintores neoclásicos españoles. Siguiendo esta idea, el romanticismo hubiera convenido mejor al genio español y, sin embargo, exceptuando a Goya, que es un claro precursor, que yo sepa, ningún pintor español destaca en el movimiento romántico; si siguiéramos este razonamiento, ¿cómo es posible, por ejemplo, que una aventura pictórica tan sabia, metódica, cartesiana e intelectual, es decir, francesa, según Joaquín de la Puente, como el cubismo, tenga como máximos representantes a dos pintores españoles, Picasso y Gris?

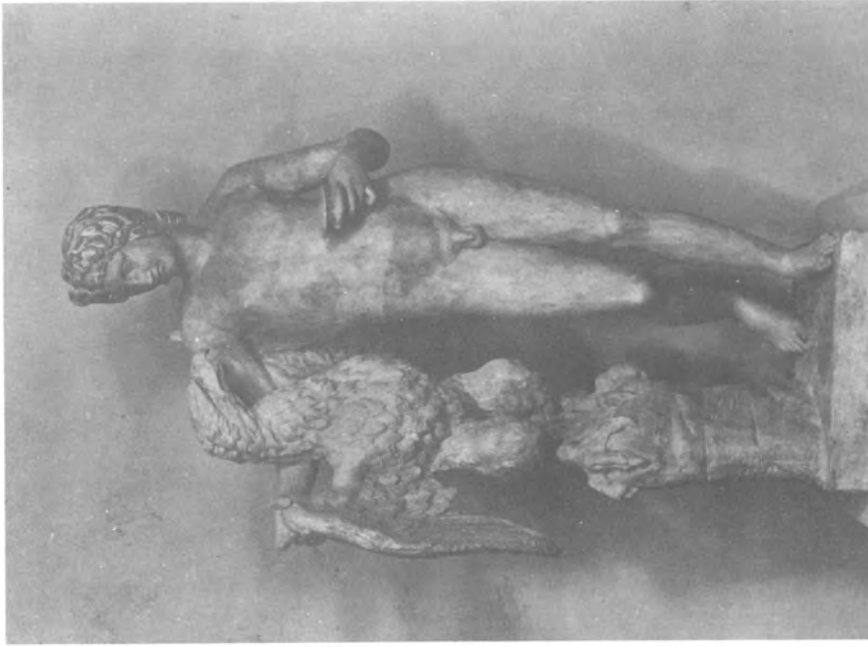
Creo que las razones de la medianía del neoclasicismo español son otras. En aquella época Madrid era un centro de arte provinciano y, como la mayoría de las ciudades y países europeos, su arte iba a remolque del de los dos grandes centros metropolitanos artísticos que son París y Roma. Si los artistas españoles neoclásicos son modestos es sencillamente porque siguen demasiado de cerca los modelos extranjeros, particularmente el modelo davidiano, y por su falta de originalidad, todo lo contrario de su ilustré coetáneo, Goya.



1. Juan Antonio Ribera "Cincinnatus".



2. José de Madrazo "Alegoría del Alba".



3. José Álvarez Cubero "Ganimedes".